



KATE L.
MORGAN

La decisión de Olivia



La decisión de Olivia

KATE L. MORGAN

©2020 Kate L. Morgan

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

©Alexis Ricardo Alaurin, de la fotografía de la cubierta

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del autor.

1
2
3
4
5

1

RMS Olympic, junio de 1912

Olivia sentía que nada de lo que hubiese aprendido en el pasado podría ayudarla. Ninguna de las advertencias de su padre le había servido, sobre todo porque no las había escuchado. Su verdadero enemigo no era Charles sino ella misma.

Su decisión, su constancia, cualidades poco habituales en una mujer de su estatus, le habían ayudado en el pasado a tomar acertadas decisiones, pero, en ese momento de su vida, estaba perdida.

Olivia fijó la mirada en las olas que se estrellaban contra el buque. ¿Qué tenía el mar que la atraía de esa manera tan poderosa? Miró con una tierna sonrisa en los labios, la misma sonrisa que se le dedicaría a un niño que nos divierte con sus cabriolas, la forma juguetona de las olas que se estrellaban contra el casco creando una melodía rítmica que conseguía serenarla en un suave balanceo tierno.

Su vestido de noche de seda azul se arremolinaba juguetón en torno a sus piernas. Olivia sujetó la tela sin una sombra de duda en sus ojos, el delicado moño festivo había quedado deshecho mucho antes de que terminase la cena de gala, pero ese detalle no le importó lo más mínimo. Los mechones color miel seguían golpeando su rostro como finos latigazos. Miró entonces las estrellas, y se preguntó en qué momento de su vida se había ido todo al traste.

Cerró los ojos y lanzó una plegaria, de auxilio, de fortaleza.

Siguió inclinándose más sobre la barandilla pulida de madera para observar mejor la espuma blanca que iba deshaciéndose, como se habían deshecho sus ilusiones. Al fin

soltó una lágrima, un llanto que le estaba pidiendo su alma desde el inicio de esas fatídicas vacaciones. Junto a la lágrima lanzó un quejido lastimoso. Todo era por su culpa, y sus intentos de arreglar su vida iban a quedar sepultados en el abismo de la apatía.

Había tratado con ese viaje infructífero darle un nuevo impulso a su desastroso matrimonio que se moría irremediablemente sin que ella pudiese hacer nada. Sus esfuerzos resultaban inútiles porque Charles seguía en la desfachatez de darlo todo por perdido. Olivia iba a tirar la toalla convencida que de Charles ya no valía los sufrimientos que ocasionaba, ni la angustia que le producían. ¿Lo mejor de su matrimonio? su hija, y los ojos de Olivia se dulcificaron al evocar el rostro tierno y feliz de Lorraine, su niñita. Ella desearía estar en ese momento con ella, y no en ese maldito viaje. No tenía que haberla dejado con Helena, el arrepentimiento llegó con lógica, aunque su mejor amiga la había convencido de que debía hacer el viaje sola con su esposo para tratar de recuperar la chispa del amor que había sido apagada en el más absoluto de los olvidos. Olivia rio sin ganas, Charles estaba a punto de pedirle el divorcio para irse con otra mujer que había conocido en uno de sus interminables viajes. Maldijo su estupidez, así como diez veces seguidas antes de masticar y tragarse su infortunio, era incapaz de mantener el interés de nadie. Charles se había encargado de que no lo olvidase porque había estado interesado por ella solo los primeros tres meses de matrimonio, hasta que le creció el vientre y se volvió pesada y torpe. ¿Podía una mujer ser más desdichada en su vida matrimonial? ¿Por qué les tocaba a ellas intentar salvar lo imposible? ¿Por qué se mostraban los hombres tan volubles en sentimientos?

Dio una patada de ira al suelo de madera de la nave, y golpeó con el bolso de noche la barandilla de estribor como si fuera el rostro de su esposo. Todo el contenido salió disparado por doquier: su polvera, el reloj de bolsillo, el

pañuelo bordado con sus iniciales, y algunas libras sueltas. Que se perdiera el contenido no le importó. ¡Ojalá sus objetos personales fueran los sesos de Charles!

Se limpió una lágrima, y Olivia se juró que jamás iba a permitirle a nadie que la tratara como lo hacía su esposo. Si ella fuera una mujer con el carácter más fuerte, si hubiera obedecido a su padre cuando le recomendó que no se comprometiera con Charles, si no hubiera sido tan decidida, impulsiva y enamoradiza, ahora no estaría sufriendo porque su marido pensaba dejarla por una mujer más joven y más complaciente.

Realmente estaba asustada por lo que el destino le tuviese preparado.

—Ha sido una grosería que abandonases la mesa sin dar una explicación por tu parte —escuchó decir tras su espalda.

Olivia volvió su rostro de las olas para mirar a su marido que le ofrecía una mirada ausente de sentimientos: vacíos del más elemental afecto marital.

—Los cuernos me pesaban demasiado sobre la cabeza para seguir viendo tus coqueteos con todo lo que lleva faldas —le escupió dolida.

Charles la miró con excesiva frialdad que a ella ya le resultaba repulsiva.

—Sabías que esto iba a ocurrir, lo sabías cuando contrataste este maldito viaje —Olivia no se resintió por las palabras duras, ella misma se las había recordado durante los tres días que llevaban de viaje.

—Creía que nuestro matrimonio se merecía cualquier esfuerzo para que no se extinguiera por la apatía en la que lo has sumido —lo acusó.

Charles entrecerró los ojos.

—¿A qué llamas tú matrimonio? —le preguntó sarcástico.

Olivia se envaró.

—A la unión que hizo de ti mi esposo con la eterna promesa de que me amarías por el resto de nuestras vidas —Charles no le respondió, siguió mirándola con rudeza—. Tu ausencia de sentimientos me sigue sobrecogiendo, aunque ya me haya acostumbrado, aunque te concedo el mérito porque hiciste muy bien tu trabajo.

El esposo la miró de arriba abajo con desdén.

—No te quiero Olivia, deberás aceptarlo de una vez —ella sintió sus palabras como un golpe en su estómago, pero no le dio la satisfacción de verla doblarse.

—¿Me has querido alguna vez? —la pregunta le salió de forma involuntaria, como si no hubiese sido consciente de que su boca la formulaba.

—No te soporto —silencio—, me resulta intolerable seguir a tu lado —más silencio—. Eres la antítesis de lo que un hombre busca en una mujer —Olivia intentó tragarse la rabia que estaban a punto de aflorar por su boca para escupirla con veneno.

Ninguna mujer se merecía ese despliegue de cobardía por parte de un hombre, y menos si a ese hombre se le habían dedicado diez años de vida.

—Como si tú fueras un dechado de virtudes —le increpó. Charles seguía mirándola—. Mi padre me advirtió, todos mi advirtieron, pero no hice caso, y mira dónde estoy ahora, frente a tu ego recalcitrante.

Charles crujió los dientes al escucharla. La veía plantada frente a él, y la destetó todavía más.

—¡Acéptalo de una vez! —le gritó.

—¿Qué tengo que aceptar? —preguntó de forma ácida.

—Que no soporto el control que ejerces sobre mi vida, que me ahoga tu tiranía sobre las familias felices y toda la parafernalia que conlleva —Olivia entrecerró sus ojos ante el insulto del que estaba siendo objeto.

Miró a su marido entre la decepción y la cólera a partes iguales, deslizó la mirada por su cuerpo, su apostura

aún le arrancaba cosquillas a su estómago. Charles no era excesivamente alto, pasaba el metro setenta a duras penas, pero Olivia siempre había encontrado atractiva su forma de fruncir sus labios finos en sonrisas que pronto dejó de prodigarle.

—Sólo he tratado de controlar que no me pongas más cuernos de los que puedo sostener en la cabeza, y eso no es control, es supervivencia básica —respondió ofendida.

Charles resopló con desagrado.

—Sabías que no soy hombre de una sola mujer —Olivia seguía callada esperando los golpes verbales que iban llegando como de costumbre—. Tu error fue tratar de atraparme mediante engaños —Olivia tragó con dificultad ante la indiferencia que mostraba por sus sentimientos.

—Esa historia ya la conozco, ahórrate las palabras pues no vas a conseguir que te compadezca —le replicó.

Charles se pasó la mano por el pelo castaño claro en un intento de detener su rabia.

—¡Me engañaste! yo nunca quise tener hijos, lo sabes —el jadeo le salió involuntario ante el golpe recibido.

Charles era todo un experto en reducir su autoestima al polvo. Trató a duras penas de sostener su orgullo en pie.

—Sí —comenzó ella demasiado dolida para analizar las palabras antes de decirlas—. Imagino que tu inmensa fortuna y tu arrollador atractivo fue un señuelo demasiado intenso para que lo ignorara una depredadora como yo.

Charles no tenía fortuna, ni pertenecía a una de las familias más importantes de Gran Bretaña. Era Olivia la que poseía fortuna propia y pertenecía a uno de los linajes más antiguos.

—¡Basta! No te permito que me hables así —Olivia tensó los hombros con ira.

—¿Qué no me permites? —trató de tragar el nudo que se había formado en su garganta—. ¡Charles! —excla-

mó con la voz llena de incertidumbre—. Necesito tu ayuda para mantener el barco de nuestra vida en común a flote.

El hombre hizo un ademán despectivo con las manos.

—El barco se está hundiendo estúpida, y yo no pienso hundirme con él —Olivia sintió como si runa mano de hierro que le estrujara el corazón porque sabía lo que venía a continuación—. Mañana desembarcaré en Estambul y regresaré de vuelta a Londres —ella apretó la generosa boca bellamente cincelada en una mueca amarga.

Desde que habían salido de Liverpool semanas atrás, su ánimo había barrido el suelo de la cubierta por completo. Charles no había dormido en el camarote que había contratado ni una sola noche, el único momento en el que habían coincidido era en la primera cena de gala en la mesa del capitán, y de poco le había servido, Charles la seguía ignorando con una facilidad que la dejaba paralizada.

—¡Vete! Huye como el cobarde que siempre has sido —le dijo sin que se le quebrara la voz, aunque calló un momento antes de poder continuar—. Eres el hombre más despreciable de todos.

Charles, durante un segundo, dudó, un segundo después metió las manos en los bolsillos de su pantalón, y la miró con cierta vacilación.

Él quería divorciarse, pero su mujer era la que poseía fortuna. Ahora lamentó sus palabras anteriores.

—No he querido decir... —ella no le permitió continuar.

—¡Sabes de sobra que sí!

Olivia miró hacia la negra noche para que él no viese lo profundamente herida que estaba, Charles se acercó a ella mientras alzaba la mano que detuvo a medio camino, y la volvió a ocultar en el bolsillo, como si lamentara el gesto cariñoso que había estado a punto de ejecutar.

—Hay hombres que no sirven para ser maridos, y padres, aún menos —Olivia alzó sus ojos brillantes y llenos de ira hacia él—. ¿Por qué me obligaste a serlo?

—¿Has terminado? —le preguntó.

Charles la miró con absoluta indiferencia.

—Terminé hace diez años, pero eres tan obtusa que te niegas a ver la realidad de nuestra situación: este viaje ha sido una completa estupidez por tu parte —Olivia redujo los ojos a una línea peligrosa.

—Imagino que no sería una estupidez si fuese Margaret y no yo la que estuviese aquí de pie mirándote —Charles soltó el aire con brusquedad.

—No metas a Margaret en esto —Olivia sentía ganas de golpearlo ante el tono defensivo de él al hablar de su rival—. Si no hubiese sido ella, hubiese sido otra —le confesó.

Olivia no sabía cómo la sostenían las piernas. Se sentía vapuleada emocionalmente, golpeada en su femineidad por las palabras déspotas de Charles que seguían hiriéndola... porque seguía teniendo la facultad de hacerlo.

—¿Cuándo te perdí? —la pregunta hecha en un susurro le hizo dudar un momento, pero él necesitaba su libertad y tenía que apagar los rescoldos que Olivia se empeñaba en avivar a base de pura cabezonería.

—Nunca me has tenido —le reveló—, y me asombra que no te hayas dado cuenta —Olivia se llevó la mano a la garganta intentando ahogar los sollozos que pugnaban por salir.

Aunque conocía las palabras, oírlas le producía el mismo dolor lacerante de siempre.

Los recuerdos la cegaron por completo: recordó vívidamente al atractivo hombre de mundo que logró enamorarla en tan sólo dos semanas. Cómo la persiguió hasta que la llevó a su lecho a pesar de que Olivia contaba sólo dieciocho años. Sus padres pusieron el grito en el cielo pues para ellos Charles, el galán que había engatusado a su niña, sólo era un parásito vividor. Si ella los hubiera escuchado Charles no la estaría mutilando emocionalmente en ese preciso momento.

—¿En qué lugar del camino me equivoqué contigo?
—le preguntó con un hilo de voz.

Charles no pensaba responderle, pero, lo pensó mejor y se separó un paso de ella.

—¡Mírate! —comenzó a decirle—. Tienes veintiocho años y parece que tienes cien —Olivia encogió los hombros de forma inconscientemente—. Tuviste a Lorraine y todo dejó de existir para ti: las fiestas, el sexo, pasé de ser el esposo idolatrado a ser el procreador de lo único que te importa en el mundo —Olivia lo escuchaba, y se dijo que Charles parecía un extraño—. Me echaste a los brazos de otras con tu conformismo a mis necesidades.

¡Que él le recriminase algo así!

—¿Ahora tengo yo la culpa de tu libertinaje? ¿De que seas un cabrón licenciado? —Charles resopló con enojo al escucharla.

—¿Y la tengo yo de que el sexo no exista para ti? —Olivia apretó los labios con rencor mal disimulado.

—He tenido que hacer de padre y madre —le recordó con ira—. He tenido que ocuparme de los negocios, de todo porque tú te has dedicado a disfrutar y quemar mi dinero —lo acusó —Charles seguía en silencio—. Eres un mal nacido, y no trates de culparme tu conducta execrable.

—No te quiero Olivia —afirmó él.

Ella giró la cabeza con altanería intentando mantener su maltrecho orgullo que se escurría por el casco de la nave y se fundían con las olas. El espectáculo vejatorio la reducía a cenizas.

—En nuestra vida, ya no importa que me quieras o no porque lo único que te he pedido, es que te comportes como un hombre de verdad, pero no por mí... —calló para ahogar un jadeo—, nunca por mí.

Las lágrimas le impedían terminar la frase, calló para no quedar más avergonzada todavía.

—¿Buscas que te compadezca?

Olivia bramo ya demasiado encolerizada para detener sus palabras que salían como puñales por su boca.

—¡Juro que debería haberte pagado con la misma moneda, tener la suficiente desfachatez para liarme con todo lo que llevase pantalones y así comprobar cuántos cuernos eres capaz de soportar!

Charles rio con burla para frustración de ella.

Olivia se puso mortalmente seria, si Charles hubiese meditado sólo un segundo, no se lo hubiese tomado a risa.

—No sabrías hacerlo —se mofó—, eres demasiado frígida para pensarlo siquiera —Olivia estalló.

—¡No conoces de lo que soy capaz!

Charles siguió riéndose de ella.

—No hay en todo este barco un hombre lo suficientemente estúpido como para que lo tientes.

Olivia sintió el insulto como una maza sobre su cabeza.

—¿Tanto me odias? —Charles tardó tres segundos en contestar con voz apagada.

—No te soporto que es peor —el quejido le salió como un rugido doloroso.

—¿Y entonces? —la pregunta salió por propia voluntad de su boca.

Charles se decidió al fin. Ella era la rica, pero él obtendría jugosas prebendas con el divorcio.

—Te dejo, aceptarlo o no es tu problema —Charles ya se había dado la vuelta para irse, pero ella lo detuvo con sus palabras sólo un segundo.

—Entonces te tendré que hacer un regalo antes de la despedida final, ¿no crees? —él la miró con cierta burla en sus ojos marrones.

—Tienes demasiada cobardía hasta para eso —ahora sí que se volvió, y comenzó a alejarse sin un titubeo.

—¡Te juro que te haré cornudo antes de que pongas un pie fuera de este barco! —lo amenazó.

Las carcajadas de él seguían resonando dentro de ella a pesar de la distancia. Olivia estaba a punto de quebrarse de dolor pues el encontronazo había resultado demoledor y tan perjudicial para ella como un vaso de láudano tomado de un trago. Siempre le ocurría con Charles, sabía cómo doblarla con sus palabras hasta dejarla casi muerta.

2

Se abrazó en silencio totalmente hundida en la humillación más escabrosa. Había creído de forma inútil que aún podía hacer algo para enderezar el rumbo torcido de su vida, pero se había equivocado por completo. Tragó el nudo de su garganta que le impedía respirar y la ahogaba con estertores violentos que la sacudían en un acicate continuo. Sentía cómo le quemaban las lágrimas en los ojos, pero era incapaz de empujarlas para que salieran al exterior, no se deslizaban por sus mejillas para brindarle el consuelo que necesitaba, seguían allí cauterizando como trementina hirviendo cualquier sentimiento como el valor y el coraje.

En la popa del buque todo seguía en silencio, la mayoría de los pasajeros se encontraban en las diversas zonas habilitadas para el esparcimiento hasta altas horas de la madrugada, y dio gracias porque esa circunstancia le había permitidora la soledad necesaria para que nadie observara la humillación de la que había sido objeto por la persona que debía amarla.

Su vergüenza se la había tragado sola, Dios había sido misericordioso al permitirle ese instante de intimidad.

Olivia se abrazó la cabeza en un gesto vulnerable de congoja extrema. Apoyó su cintura en la barandilla para quitarle peso a sus piernas que se negaban a sostenerla. Sintió un ligero mareo que la hizo doblarse peligrosamente en dos, pero no quiso sujetarse ni cuando un golpe de viento la hizo tambalearse precariamente sobre el vacío que creaba la estela del barco. Estaba ajena a todo lo que no fuese el agonizante dolor que la desgarraba por dentro tras los golpes verbales que le había dado Charles en la discusión que habían mantenido.

El corazón le latía a un menor ritmo.

Se inclinó un poco más ante la arcada que sintió: la cena se le había revuelto en el estómago a pesar de que apenas la había probado, sólo atinó a sujetarse el pelo para que no se le manchase con su propio vómito. Sufrió una arcada más, pero nada salía por su garganta. Se inclinó un poco más hacia delante, casi tenía medio cuerpo fuera de la barandilla y suspendido en la nada, esa sensación repentina de libertad resultó un bálsamo en su espíritu. Soltó una de sus manos que sujetaba su cabello, y de pronto sintió que la sujetaban y tiraban de ella hacia atrás. Su mano se encontró manoteando el aire de la noche.

Olivia aterrizó sorpresivamente sobre un cuerpo duro. Su mente fue incapaz de asimilar qué había ocurrido y con qué se había golpeado.

—¡Qué demonios...! —no fue capaz de apreciar si había sido el aire o alguien el culpable de que hubiese aterrizado de forma tan brusca.

Se giró con ímpetu desmedido.

—Lamento la rudeza al tratar de sujetarla, pero no me apetecía dar un salto temerario para rescatarla —Olivia entrecerró los ojos al comprender que alguien había creído que pensaba suicidarse lanzándose al mar.

Trató de dar un paso, pero el hombre no se lo permitió, dudaba de las intenciones de ella, por eso seguía sujetándola con brazos de hierro. Olivia, al ser consciente de lo indefensa que se sentía, se rompió en mil pedazos. Los sollozos comenzaron sin que ella pudiese hacer nada para evitarlos. Apoyó la cabeza en el pecho de su salvador, y cedió al llanto largamente reprimido. Hipaba, sorbía, y, ante la ausencia de pañuelo, dejó que las lágrimas empaparan la blanca camisa de su captor.

Que la hubiesen tildado de suicida había sido la gota que había colmado el vaso, podría merecerse todo menos el calificativo de cobarde.

—Llore, en verdad lo necesita —esas palabras le produjeron el mismo efecto que una regañina desmerecida.